

## REVOLUCIÓN Y CONTRARREVOLUCIÓN EN EL CARIBE: ESPAÑA, TRUJILLO Y FIDEL CASTRO EN 1959

POR

MANUEL DE PAZ SÁNCHEZ

Universidad de La Laguna

---

*La Revolución Cubana no tardó en descubrir que una de las claves fundamentales para su propia supervivencia, que estaba ligada, asimismo, a su ideario de insurrección continental era la expansión de su mensaje en la propia zona del Caribe y, en concreto, la necesidad de exportar sus prácticas insurgentes hacia aquellos territorios que, como la República Dominicana, estaban deseando liberarse del yugo de los últimos dictadores de América, entre los que alcanzaba la cúspide de la impopularidad Rafael Leónidas Trujillo Molina. La posición exterior de España, en tales circunstancias, no dejaba de ser peculiar. En el contexto general de su política hacia América Latina que ansiaba mantener los vínculos diplomáticos, al margen de contingencias más o menos coyunturales, Madrid hizo todo lo posible por entenderse tanto con la República Dominicana del dictador Trujillo como con la Cuba revolucionaria del rebelde Castro.*

---

No salieron mal paradas, ni mucho menos, las relaciones diplomáticas entre España y Cuba a raíz del proceso revolucionario que colocó en el poder a Fidel Castro a partir del 1º de enero de 1959. Desde hacía muchos meses, el representante de España en la Perla del Caribe, Juan Pablo de Lojendio e Irure, había llevado a cabo, con la aquiescencia de sus superiores en Madrid y las bendiciones de sectores especialmente activos de la Iglesia en Cuba, una labor de protección hacia numerosos rebeldes que, provenientes en buena parte de las propias filas católicas, encontraron en la España de 1957 y 1958 un lugar acogedor en el que proseguir sus estudios, vivir en paz y, sobre todo, salvar sus vidas que, en no pocas ocasiones, estuvieron en verdadero peligro de muerte.

La opinión pública cubana no dudó en aplaudir la actitud del representante del régimen de Franco, que contrastó incluso con la de algunos embajadores de países democráticos iberoamericanos y, sobre todo, con la de ciertas cancillerías que, pese a ser signatarias de los convenios de asilo, no estuvieron a la altura de las circunstancias y, por diferentes razones, presentaron una notable implicación diplomática y de intereses con numerosas personalidades del gobierno de Ful-

gencio Batista y Zaldívar, presidente por virtud de las armas de una República que rechazó sistemáticamente ante las urnas sus intentos de legitimación política e institucional.

Mas, la revolución no tardó en avanzar por una senda de radicalismo que, en breve plazo, acabó dejando en el camino a aquellos elementos cristianos, demócratas y liberales que, en tiempos de la lucha insurreccional contra Batista, no dudaron en unir sus fuerzas a las de sectores de opuesta ideología, bajo el liderazgo de revolucionarios audaces y carismáticos, en un proyecto de reconstrucción nacional y de refundación republicana, como única fórmula para recuperar, con el sacrificio de las jóvenes generaciones, un futuro de esperanza cívica, libertad y democracia para Cuba.

La revolución cubana, por otro lado, parece descubrir casi desde el principio que una de las claves fundamentales para su propia supervivencia, que estaba ligada, asimismo, a su ideario de insurrección continental, era la expansión de su mensaje en la propia zona del Caribe y, en concreto, la necesidad de exportar sus prácticas insurgentes hacia aquellos territorios que, como la República Dominicana, estaban deseando liberarse del yugo atroz de los últimos dictadores de América, entre los que alcanzaba la cúspide de la impopularidad Rafael Leónidas Trujillo Molina, la «náusea de América», tal como lo calificó el ministro cubano de Exteriores Raúl Roa, en pleno temporal entre ambos países.

La posición exterior de España, en tales circunstancias, no dejaba de ser peculiar. En el contexto general de una política hacia América Latina que, por encima de todo, ansiaba mantener los vínculos diplomáticos, al margen de contingencias más o menos coyunturales, tal como deseaba el propio Franco, Madrid hizo todo lo posible por entenderse tanto con la República Dominicana del dictador Trujillo como con la Cuba revolucionaria del rebelde Castro. Pero, además, España tenía que atender a sus propios objetivos de política exterior, tanto económicos como, desde luego, políticos, pues temía que la propaganda de los republicanos del exilio pudiera perjudicar sus intereses en un momento de crisis y, como poco, colocar al Estado español ante una situación tan especial como la que, en aquellos instantes, existía con una de las grandes potencias de Iberoamérica, la República de México, un país al que los republicanos españoles veían como el verdadero guardián de la ortodoxia en política exterior, y los miembros del servicio exterior de Franco como un peligroso ejemplo que había que sortear a toda costa.

#### LA EMBAJADA DE ESPAÑA EN CUBA Y LOS REPUBLICANOS ESPAÑOLES

Desde los primeros instantes del triunfo revolucionario, el embajador Lojendio se vio obligado a salir a la palestra para defender, con convicción, el papel jugado por España en relación con la insurrección cubana y, de hecho, la política

oficial con respecto a la propia revolución triunfante. A las acusaciones lanzadas por el historiador Herminio Portell Vilá contra el régimen de Franco, según las cuales éste había autorizado la venta de armas a Batista, respondió personalmente en la misma emisora de televisión, el Canal 12 de La Habana, con una nota en la que desmentía tales asertos y, muy por el contrario, ponía de relieve que su gobierno le había dado instrucciones en el sentido de facilitar, «por los medios más expeditivos, la protección y salida del país de gran número de personas vinculadas con la acción revolucionaria que solicitaban nuestro amparo»<sup>1</sup>.

En aquellos momentos iniciales de confusión y de excitación, añadía el representante español, algunos republicanos españoles residentes en Cuba habían tratado de «hacer acto de presencia en las columnas de la prensa y, sobre todo, en las mal controladas emisiones de radio y televisión con manifestaciones de adhesión al Gobierno revolucionario, declaraciones que el Gobierno del exilio lo reconocía ya» y otras consideraciones por el estilo. La reacción de Lojendio, según sus propias palabras, estuvo basada no sólo en las consecuencias que la acusación de Portell Vilá pudo haber tenido para las relaciones entre España y Cuba, sino, muy especialmente, para la colonia española en la Isla, «cuyas tiendas y aun casas podrían ser objeto de daños y saqueos por grupos incontrolados so pretexto de que *Franco facilitaba armas a Batista*», lo que le valió el agradecimiento de multitud de paisanos<sup>2</sup>.

La presunta maniobra republicana no obtuvo el fin propuesto, antes al contrario, la aclaración del embajador sirvió para que numerosos ciudadanos y medios de comunicación se aprestasen a ensalzar la labor de protección de la representación española, rubricada tanto por la actitud de buena parte del colectivo cubano emigrado en España, que obtuvo autorización para manifestarse en Madrid para celebrar el triunfo de la revolución, como por la diligencia con que el Gobierno de Franco procedió al reconocimiento diplomático de la nueva Cuba, mediante el canje de notas entre la Embajada en La Habana y el Gobierno de Manuel Urrutia Lleó, nombrado presidente provisional por el líder máximo de la revolución y verdadero hombre fuerte del país, Fidel Castro<sup>3</sup>.

El prestigio de la misión española en La Habana se puso de relieve, además, por la inteligente labor desarrollada por Lojendio como miembro de la comisión

---

SIGLAS UTILIZADAS:

AGA: Archivo General de la Administración de Alcalá de Henares, Exteriores.

AMAE: Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores, Madrid.

<sup>1</sup> Nota de Lojendio del 3 de enero de 1959. La nota se publicó también en la prensa, ver «España nunca vendió armas a Cuba», *Excelsior*, La Habana, 5 de enero de 1959 (AGA. Exteriores, C-5359).

<sup>2</sup> Despacho nº 7 de Lojendio del 10 de enero de 1959 (AGA. Exteriores, C-5359).

<sup>3</sup> Ver Manuel de PAZ SÁNCHEZ, *Zona Rebelde. La diplomacia española ante la revolución cubana (1957-1960)*, Tenerife, Gobierno de Canarias, Centro de la Cultura Popular Canaria, 1997, pp. 143 y siguientes.

permanente del cuerpo diplomático, una entidad que desarrolló, durante los primeros tiempos de la revolución, una ingente actividad en asuntos de su competencia, encaminados a salvaguardar la seguridad de las sedes diplomáticas y, también, a garantizar el cumplimiento de los acuerdos internacionales sobre derechos de asilo. Famosas publicaciones como la revista *Bohemia*, que durante los años previos al triunfo revolucionario no había ahorrado críticas al régimen de Franco, dedicaron frases muy elogiosas al embajador Lojendio y, además, escucharon sus sugerencias en aquellos momentos difíciles, hasta el punto de acceder a retirar de las rotativas determinadas noticias que podrían haber perjudicado, sin la menor duda, la reputación de determinadas misiones diplomáticas, en unos momentos de especial tensión, cuando en muchas de ellas se refugiaban notables individualidades del régimen caído. Así, por ejemplo, el embajador de España, en carta personal al ministro de Asuntos Exteriores Castiella, subrayó los servicios, en tal sentido, del consejero de información y prensa de la propia Embajada, Jaime Caldevilla, que por orden suya había solicitado del director de *Bohemia*, y lo había conseguido, la retirada de un «artículo que demostraba con profusión de datos, nombres y cifras los abusos cometidos durante los pasados dos años, al amparo del Derecho de Asilo por diversas Misiones Diplomáticas cuyos funcionarios habían cobrado la protección prestada»<sup>4</sup>.

Lojendio recibió, el 22 de enero de 1959, la visita de ciento cincuenta directivos de las diversas asociaciones españolas en Cuba, con el fin de hacerle llegar el «agradecimiento de la colonia española por la labor de esta Embajada de protección y amparo a cubanos perseguidos durante el régimen de Batista», así como también por sus certeras actuaciones diplomáticas a raíz del triunfo revolucionario. Enrique Gancedo, presidente de la Asociación de Dependientes, habló en nombre de los directivos, y el embajador agradeció el homenaje, subrayando que se había limitado a cumplir con su deber, como cristiano y español, y que, en este sentido, había contado con el apoyo de su gobierno y con el aliento del Jefe del Estado español<sup>5</sup>.

Los republicanos españoles, mientras tanto, continuaban atentos al desarrollo del proceso. Desde los tiempos de la guerra civil, Cuba se había convertido, como ha escrito Consuelo Naranjo, en otro escenario de la lucha<sup>6</sup>, no sólo por la presencia de numerosos cubanos en las brigadas internacionales<sup>7</sup>, sino, también, por las campañas de los exilados a favor de su causa que, pese al tiempo transcu-

---

<sup>4</sup> Carta de Lojendio a Fernando María Castiella, 10 de enero de 1959 (AGA. Exteriores, C-5359).

<sup>5</sup> Telegrama de Lojendio del 22 de enero de 1959, y despacho del día 24 (AGA. Exteriores, C-5359).

<sup>6</sup> C. NARANJO OROVIO: *Cuba, otro escenario de la lucha. La guerra civil y el exilio republicano español*, Madrid, CSIC, 1988.

<sup>7</sup> Ver A. ALFONSO BELLO y J. PÉREZ DÍAZ, *Cuba en España. Una gloriosa página de internacionalismo*, La Habana, Ed. Ciencias Sociales, 1990.

rrido, nunca decayeron del todo y, ahora, tras el triunfo revolucionario, desearon ver reverdecidas como agradecimiento del sector más progresista de la revolución a sus abuelos rebeldes de la vieja España.

Lojendio lo sabía y, de hecho, actuó en todo momento para evitar un sesgo pro republicano de los máximos dirigentes del gobierno revolucionario. Por ello manifestó a Madrid en diversas ocasiones, a lo largo de los primeros tiempos de la revolución, que los republicanos aprovecharían cualquier oportunidad para «pescar en río revuelto». En este sentido, a raíz de la llegada a La Habana del capitán Bayo, ex oficial de aviación durante la guerra civil española y consejero militar del propio Fidel Castro durante su exilio en México, la Embajada de España se mantuvo atenta a todos sus movimientos, y lo haría en fechas posteriores, pero, por entonces, en enero de 1959, la máxima preocupación estaba en la visita de Gordón Ordás, presidente de la República en el exilio, que acudió a la capital cubana para tratar de entrevistarse con el presidente Urrutia y con otros miembros del gobierno y de la revolución y plantearles la ruptura de relaciones con el régimen de Franco, así como el «simultáneo reconocimiento del gobierno español en el exilio, según compromiso contraído en ciudad Méjico por el representante del gobierno de Cuba y el de Venezuela». La noticia la había recibido Lojendio a través de una carta de su hermano Miguel María, cónsul general de España en Buenos Aires, y se basaba en la información que le había transmitido un exiliado español, «perteneciente al Partido Socialista, quien a su vez la recibió de un correligionario suyo residente en Méjico»<sup>8</sup>. Las gestiones del embajador español ante el ministro Agramonte dieron al traste con las pretensiones de Gordón Ordás, que tuvo que limitarse a felicitar a Urrutia y a otros miembros del gobierno cubano por el triunfo de la revolución.

No obstante, como subrayaba Lojendio, «grandes esperanzas habían cifrado los españoles del exilio en el triunfo del Movimiento Revolucionario cubano y en su Presidente el Dr. Urrutia, con quien los dirigentes en el exilio habían mantenido estrecha amistad cultivándola con especial cuidado». *España Libre*, un periódico republicano de Nueva York, «algo así como el portavoz en América del republicanismo español», no había dudado en destacar el desconcierto que reinaba entre los «defensores de la democracia» a causa del reconocimiento diplomático de la revolución cubana realizado por el régimen de Franco. Recordaron, incluso, las promesas de Urrutia de contribuir, una vez recuperada Cuba para la libertad, a «ayudar a los hermanos de España que llevan 20 años bajo la tiranía de Franco», de ahí su profunda extrañeza al observar cómo el nuevo presidente de Cuba, al que les unía, además, su condición de masón, criticaba a los dictadores de América pero silenciaba el nombre de Franco. Pero es que, además, según manifestaban en el mismo periódico, resultaba aún más difícil de entender la actitud del ministro cubano de Exteriores, Agramonte, al proceder al reconoci-

<sup>8</sup> Despacho n° 38, reservado, de Lojendio del 31 de enero de 1959 (AGA. Exteriores, C-5359).

miento de la España de Franco, pues «los hombres del Movimiento 26 de Julio no pueden olvidar que la Falange dirigida y ayudada por Vellisca y su agente publicitario Caldevilla han ayudado a Batista y luchaban contra Fidel. Todo eso que ahora dice Lojendio que ayudó a huir a revolucionarios, que no ofreció armamentos y otras cosas por el estilo son mentiras para ganarse la benevolencia del Dr. Urrutia»<sup>9</sup>.

La visita de Gordón Ordás tuvo, de hecho, una escasa repercusión en los medios de comunicación cubanos. Urrutia lo recibió el día 29 de enero y su entrevista, que se desarrolló en términos cordiales, se limitó a hacer votos «por la total recuperación de la Nueva Cuba y de esperanza por el renacer de España». Al día siguiente fue atendido por Fidel Castro con similares resultados. Sólo el periódico *Información*, gracias a las gestiones del exiliado español Vázquez Gayoso, se había hecho eco del asunto, pues, como aseguraba Lojendio, «creo que tal como están planteadas las cosas poco terreno de maniobra queda en la actual situación a los rojos españoles, quienes chocan por un lado con la falta absoluta de actualidad del tema que manejan y, por otro, con la firme posición y evidente popularidad adquirida por la Embajada de España durante el período revolucionario y de la que llegan a nosotros numerosas y cotidianas pruebas»<sup>10</sup>. En todo caso, concluía Lojendio, si la situación lo requería estaba en condiciones de utilizar, a favor de los intereses de su gobierno, las armas con las que contaba para actuar a fondo.

Poco después, la publicación en La Habana de unas declaraciones al diario *ABC* de Manuel Payán, miembro del Directorio Revolucionario, antiguo exiliado en España y, a la sazón, cónsul de Cuba en Madrid, francamente favorables a la madre patria, contribuyó a cimentar, aún más, la buena situación de la representación diplomática española y de las relaciones entre los regímenes políticos de España y Cuba<sup>11</sup>.

Así, pues, un conjunto de circunstancias internacionales como, por ejemplo, el propio desmarque de Venezuela de la línea dura auspiciada por Fidel Castro en sus relaciones con Estados Unidos, el pragmatismo de la acción directa de gobierno alejada, por definición, de voluntarismos testimoniales más o menos trasnochados y, desde luego, la actuación diplomática española, con todos sus matices, constituyeron una batería de elementos que contribuyen a explicar el éxito de la política exterior de España con relación a la revolución cubana. Sectores especialmente reaccionarios del régimen de Franco e, incluso, algunas cancillerías de dictaduras iberoamericanas con las que España mantenía buenas relaciones, llegaron a considerar un tanto singular la actuación de la representación española en La Habana, por ello Lojendio no dudó en asegurar a su ministro que habían sido,

<sup>9</sup> *Ibidem*.

<sup>10</sup> *Ibidem*.

<sup>11</sup> Despacho nº 45 de Lojendio del 2 de febrero de 1959 y recortes adjuntos (AGA. Exteriores, C-5359).

sobre todo, los elementos católicos los que más habían coadyuvado a influir en las decisiones de protección de la Embajada, que la fama de la representación se basaba también en la imposibilidad de probar, al carecer de registros por no ser España signataria de los convenios de asilo, el número de personas que, en definitiva, se habían acogido a su protección y que la posibilidad de que «nuestra actitud fuese utilizada como antecedente por cualquier Misión diplomática en Madrid, no puedo considerarla previsible puesto que el intento de mostrar la menor semejanza entre el régimen policial de España y el que ha sufrido durante estos últimos años este país sería ofensivo para nosotros. En reiterados despachos —añadía el embajador— he aludido al terror policial que aquí dominaba y que ha sido la causa que motivó nuestras intervenciones»<sup>12</sup>.

Al representante de España le quedaban, en efecto, algunas cartas en la manga, como, por ejemplo, la información, divulgada a los cuatro vientos por el consejero de prensa de la Embajada, Jaime Caldevilla, sobre la «ayuda prestada por el Gobierno de Batista a Gordón Ordás», el quisquilloso presidente de la República en el exilio.

En efecto, por las mismas fechas en que las columnas de la prensa cubana aparecían saturadas con noticias y reportajes sobre la labor tutelar hacia numerosos insurrectos de la Embajada de España, una de las cuales, publicada tanto en *Bohemia* como en el siempre afín *Diario de la Marina*, destacaba que la colaboración entre el propio embajador, el canciller Alejandro Vergara, don Jaime Caldevilla, consejero de información y prensa, y su esposa, doña Rosa María Menéndez Carrillo, había conseguido salvar la vida nada menos que de Agustín País, que se había refugiado, como último recurso, en el Consulado de España en Santiago de Cuba —una oficina no autorizada para otorgar el derecho de asilo—, y que, según subrayaba la prensa, pudo ser rescatado gracias a las gestiones de la Embajada en La Habana, cuando estaba a «punto de correr la misma suerte de sus hermanos Frank y Josué, asesinados por la tiranía»<sup>13</sup>, y mientras Lojendio insistía ante los medios que, por su parte, sólo se había limitado a cumplir con su deber de cristiano y de español y, al mismo tiempo, aparecía fotografiado en la recepción de los colectivos inmigrados con destacados representantes de los centros de la colonia española en Cuba, como los presidentes de los centros gallego, asturiano y asociación de detallistas de comercio<sup>14</sup>, entre otras agrupaciones, en esos mismos momentos, tal como afirmamos, saltó a la palestra, convenientemente divulgada por el delegado de la oficina de información diplomática en Cuba, la información «sobre la ayuda que el derrocado presidente Batista daba al Gobierno republicano español en el exilio». La noticia, que citaba como fuente al

<sup>12</sup> Carta reservada de Lojendio a Castiella, La Habana, 14 de febrero de 1959 (AGA. Exteriores, C-5359).

<sup>13</sup> Ver recortes de las publicaciones mencionadas, del 14 de febrero de 1959 (AGA. Exteriores, C-5359).

<sup>14</sup> Ver reportaje del *Diario de la Marina*, 23 de febrero de 1959 (AGA. Exteriores, C-5360).

periódico *Novedades* de Méjico, se publicó inmediatamente en los principales periódicos de Cuba y, además, fue transmitida por todos los noticiarios locales de radio y televisión. Su impacto había sido importante, incluso, «entre los propios republicanos, que la ignoraban», tal como matizaba Caldevilla<sup>15</sup>.

En su informe del 28 de febrero, el consejero de información y prensa destacó, con satisfacción, que la noticia había tenido una extraordinaria repercusión en días sucesivos, hasta el extremo de provocar «una división entre los exilados, que se encuentran rechazados en los organismos oficiales y tratan de presentarse ahora como enemigos del propio Gordón Ordás». El denominado Comité de Liberación Española trató de reaccionar con rapidez y, en declaraciones a la prensa, repudió la actitud del presidente de la República en el exilio, aunque el mal ya estaba hecho, puesto que la rectificación obtuvo un escaso eco en los ambientes oficiales y, por si fuera poco, el «llamado general Bayo no tiene otra personalidad que la del agradecimiento por haber instruido a los expedicionarios del *Granma*»<sup>16</sup>.

Unos meses más tarde, a mediados de mayo de 1959, la noticia del nombramiento del nuevo embajador de Cuba en España, que recayó en la personalidad del ex primer ministro del gobierno revolucionario, Miró Cardona, cercenó por su base, tal como manifestó Caldevilla, «todas las actividades de los exilados», puesto que no sólo se había cubierto oficialmente el puesto de embajador en Madrid sino que, además, se había destinado para él a una eminente figura del gobierno revolucionario. Para celebrarlo, la delegación en Cuba de la oficina de información diplomática, a cargo del activo Caldevilla, aireó en toda la prensa la «controversia entre el ex capitán Bayo y Gordón Ordás, acusándose mutuamente»<sup>17</sup>. A partir de entonces no sería fácil que las intrigas de los republicanos exiliados pudieran dañar la imagen del régimen de Franco, hasta el punto de producir una ruptura de relaciones con la revolución cubana que, no obstante, avanzaba a la sazón por un sendero de incertidumbres y había comenzado a inquietar seriamente a los Estados Unidos y, sobre todo, a determinados países de la región con la realización de críticas contundentes contra las dictaduras vecinas de Nicaragua, la República Dominicana y Haití, sin olvidar ciertas peligrosas referencias al Estado Libre Asociado de Puerto Rico y a otros países de la zona como Panamá, puntos claves en la estrategia regional de la primera potencia hemisférica.

---

<sup>15</sup> Informe nº 297 de Caldevilla a la OID, relativo al período comprendido entre el 15 y el 21 de febrero de 1959, La Habana, 21 de febrero de 1959 (AGA. Exteriores, C-5360).

<sup>16</sup> Informe nº 298 de Caldevilla a la OID, La Habana, 28 de febrero de 1959 (AGA. Exteriores, C-5360).

<sup>17</sup> Informe nº 303 de Caldevilla del 16 de mayo de 1959 (AGA. Exteriores, C-5360).



## LA EXPORTACIÓN DEL IDEAL REVOLUCIONARIO

Las declaraciones de Manuel Urrutia sobre la no resolución del *status* político de Puerto Rico, entre otras manifestaciones de los líderes revolucionarios, que originaron un fuerte debate en la prensa y en los medios gubernamentales e institucionales del Estado Libre Asociado, pese a ser matizadas de inmediato por el presidente cubano, hicieron reflexionar, sin duda, a los más conspicuos observadores acerca de la impulsividad de una Revolución que no parecía dispuesta a respetar determinadas formalidades y que, en principio, tampoco parecía amedrentarse ante el enorme peso internacional de la potencia norteamericana. Muñoz Marín, gobernador de Puerto Rico —en carta publicada por la revista *Bohemia* a mediados de enero de 1959—, felicitó a la Revolución cubana por su profundo carácter popular, por su elevada moral militar y por su moralidad cívica, y destacó que el triunfo revolucionario podría originar un profundo movimiento de renovación política al «servicio de un programa y obra profundamente democráticos», como siempre había ambicionado la República Cubana sin «jamás obtenerlo». En tal sentido, ofreció ingenuamente a las autoridades revolucionarias su experimentado «programa social y económico»<sup>18</sup>.

Ahora bien, pese al voto de confianza de algunos parlamentarios norteamericanos, como Charles Porter que solicitó un «crédito de confianza» para Cuba a finales de enero de 1959<sup>19</sup>, parecía que Castro se resistía a asumir, efectivamente, el juego de unas relaciones internacionales marcadas por el determinismo histórico de la región. El brillo de su oratoria despedía, con harta frecuencia, destellos preocupantes. *No tengo fe en la OEA*, afirmó a mediados de febrero, al comentar la necesidad de expulsar de su seno a las dictaduras de Somoza, Stroessner y, por supuesto, Trujillo, y añadió «es un organismo como el Congreso que había en Cuba. Han intervenido en algunas guerritas, como componedores de batea» y, luego, apuntó que las grandes democracias de América Latina habían sido tibias durante la etapa de la lucha revolucionaria, que la OEA no había cumplido su destino y que habían tenido que superar, prácticamente solos, múltiples sacrificios.

Sin embargo, lo que quizás no sospechaba Fidel Castro era que seguiría estando bastante solo en América y, desde luego, iba a tener necesidad de seguir superando enormes dificultades. La revolución empezaba a producir cierto cansancio en diversos ambientes internacionales, en los que —durante los primeros momentos—, había sido vista como una nueva conquista de la democracia en América Latina. En el propio ámbito de la OEA no tardaron en consignarse los primeros fracasos para los revolucionarios. La organización interamericana cele-

<sup>18</sup> *El Imparcial*, San Juan de Puerto Rico, 30 de enero de 1959 (Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores, AMAE, R-5448-4). Ver, también, para estos aspectos Manuel de PAZ SÁNCHEZ (3), pp. 290 y siguientes.

<sup>19</sup> Carta de Lojendio del 2 de febrero de 1959 (AMAE, R-5432-1).

bró, el 10 de marzo, una sesión protocolaria en honor del presidente del Salvador, José María Lemus y, durante la misma, la intervención del representante cubano, Raúl Roa, fue considerada por Sánchez Bella, embajador de España en la República Dominicana y atento observador de la región, «como una operación de tanteo» para evaluar la reacción del resto de los embajadores, especialmente en relación con el ataque a los gobiernos dictatoriales representados en la organización. La respuesta del presidente del Consejo, Gonzalo Escudero —delegado, además, de Ecuador—, puso de relieve que las bases de la institución se sustentaban en «el principio de respeto a su personalidad, soberanía e independencia y en el derecho fundamental que los asiste contra la intervención individual o colectiva, directa o indirecta, y cualquiera que fuera el motivo, en el dominio privativo de sus asuntos internos o externos», y en consecuencia «toda tentativa por generosa que fuera, enderezada a buscar otros fundamentos para nuestra Organización, acentuando la autoridad internacional y disminuyendo la soberanía individual de los Estados, reclamaría el cambio de las actuales convicciones jurídicas de los Estados Americanos». Se trataba, pues, de un rechazo «claro, rotundo y definitivo» de las pretensiones cubanas. El Departamento de Estado, escribía George Auerbach en el *New York Times*, estaba muy preocupado con la situación de Cuba. «Es importante que haya allí un gobierno amigo para la defensa del Canal de Panamá. El caos político y económico en un área vecina a los Estados Unidos es algo que el Departamento de Estado quiere evitar. Además, el azúcar es un artículo importante en caso de guerra. Se utiliza en la producción de muchos compuestos químicos de gran importancia»<sup>20</sup>.

Dos acontecimientos vinieron a inquietar, aún más, a los países vecinos. En primer lugar la frustrada invasión a Nicaragua que, según publicó el diario habanero *Información* el 8 de marzo de 1959, fue organizada por poco más de veinte personas, veinte hombres y dos mujeres escasamente armados, que trataron de embarcarse rumbo a América Central desde la playa del Cajío en Güira de Melena. Los frustrados expedicionarios estaban comandados por Pedro Cruz Arcia, que dijo haber sido teniente del Ejército Rebelde, y figuraba también como organizador el exilado nicaragüense Chester Lacayo. El comandante Cienfuegos los increpó duramente, «ustedes no pueden ser revolucionarios ni siquiera merecen ser cubanos, pues impulsados por sus ambiciones mezquinas podían haber comprometido seriamente a la Revolución y a la patria». Añadió, también, que el gobierno había prohibido que se organizaran expediciones rebeldes desde territorio cubano y que cualquier revolución contra dictadores como Somoza y Trujillo tendría la simpatía y el apoyo moral de los cubanos, «pero no podemos comprometer la seguridad de nuestra patria y hacer estéril el sacrificio de tantos miles de cubanos que murieron porque triunfara nuestra Revolución, en aventuras en el extranjero. Nuestra revolución —afirmó— la hicimos nosotros los cubanos. Los

---

<sup>20</sup> «El problema azucarero de Cuba», *La Nación*, 24 de abril de 1959 (AMAE, R-5513-8).

pueblos oprimidos de América deben de hacer ellos mismos su revolución, pues si no esas revoluciones hechas por extranjeros, nacerían desvirtuadas y serían una verdadera vergüenza para esos pueblos, que demostrarían no tener valor para librarse por sí mismos de sus cadenas»<sup>21</sup>. Unos planteamientos que, muy pronto, entrarían en contradicción con las necesidades de supervivencia y de expansión del ideal revolucionario.

En segundo término, las noticias de la invasión de Panamá por una fuerza de ochenta y cuatro hombres armados —ochenta de ellos cubanos—, produjeron un grave escándalo internacional y una rotunda condena por parte de Fidel Castro —por entonces de visita aún en Estados Unidos— y del gobierno provisional. En realidad —según Lojendio—, la «incomprensible» invasión panameña había sido preparada, contando con el beneplácito de «estas Autoridades», por dos «ciudadanos panameños que, en recientes ocasiones, han estado por espacio de varias semanas en Cuba: el ex embajador de Panamá en Londres Roberto Arias, más conocido por su matrimonio con la famosa bailarina Margot Fonteyn, y el abogado Rubén Miró, que se dio a conocer como supuesto autor material del asesinato del presidente Remón»<sup>22</sup>. El fracaso de esta segunda expedición revolucionaria, con el consiguiente escándalo internacional, hizo pensar a Lojendio en la posibilidad de que, a partir de entonces, se produjera un cambio significativo en la política exterior del régimen cubano, al contrario de lo que creían influyentes círculos de opinión de los Estados Unidos, que en este caso estaban en lo cierto<sup>23</sup>.

Paralelamente, la súbita interrupción del viaje de Fidel Castro a Canadá y su inesperado cambio de rumbo, «esta vez con destino a Buenos Aires para asistir —autoinvitado— a la Reunión de los 21», también causó general sorpresa, «incluso en este país ya acostumbrado a las temperamentales reacciones de su máximo líder». Lojendio no salía de su asombro. El viaje —comentó—, «tanto en su iniciativa como en su realización ha sido rarísimo». En el avión, un *Britania* de Cubana de Aviación, le acompañaba un séquito de cincuenta personas. «Se detuvo en Houston (Texas), donde fue a entrevistarle su hermano Raúl Castro y donde visitó fincas y establecimientos de cría caballar». Voló sobre La Habana, «celebrando a 18.000 pies de altura una conferencia de prensa»; hizo escala en Puerto España (Trinidad), «aplazando a última hora la salida de su avión con objeto de visitar un convento»; partió rumbo a Brasil, donde se detuvo en Sao Paulo y Brasilia, y llegó a Buenos Aires el día 1º de mayo, disponiéndose a regresar tras intervenir en la citada reunión interamericana. La actuación de Fidel Castro en Buenos Aires no causó una mala impresión en el ministro de exteriores argentino Florit, que creyó ver en él a un iluminado que sabía bien lo que hacía y

<sup>21</sup> «Frustró una expedición a Nicaragua el Ejército Rebelde», *Información*, 8 de marzo de 1959 (AGA. Exteriores, C-5359).

<sup>22</sup> Manuel de PAZ SÁNCHEZ [3], pp. 293-294.

<sup>23</sup> Ver telegrama de Lojendio del 8 de mayo y despacho del 9 de mayo de 1959 (AGA. Exteriores, C-5359).

dedujo de sus conversaciones que «durante algún tiempo mantendría el control en el Caribe». El subsecretario del Departamento de Estado norteamericano Roy Rubotton, por su lado, parecía estar menos satisfecho y «comentaba con cierta ironía la petición de los treinta mil millones de dólares para la operación panamericana», al afirmar que «había que ver qué es lo que pensaba de eso el contribuyente norteamericano»<sup>24</sup>. En su largo discurso, el primer ministro de Cuba revolucionaria había manifestado también, entre otras consideraciones, que no había «sistema de gobierno más corrompido que una dictadura», porque, en definitiva, «nadie los acusa a los dictadores; nadie los denuncia porque no se puede; nadie los reprueba y nadie los sustituye», por ello, de forma paralela al «esfuerzo de orden económico, los pueblos debemos hacer un esfuerzo de orden moral»<sup>25</sup>.

Castro, durante la reunión del Comité de los 21 —como destacaba poco después el periódico soviético *Izvestia*—, subrayó especialmente el «bajo nivel de vida y de la pobreza de dichos países, resultado de la explotación económica y de la presión política de los Estados Unidos, exigiendo la independencia económica para el desarrollo nacional del mundo iberoamericano, ya que los Estados Unidos no tienen comprensión alguna para los problemas de dichos países». Aquí se abría para la URSS —matizaba el embajador de España en Estocolmo, Ernesto de Zulueta—, «una posibilidad de infiltración que, sin duda, sabrá utilizar». En este mismo sentido, la política de «*liberación* de Fidel Castro coincide también con los anhelos soviéticos para debilitar a los Estados Unidos; la región del Mar Caribe es el punto más vulnerable del frente americano. Domina las comunicaciones entre el Norte y el Sur de América, y el Canal de Panamá une el Atlántico al Pacífico, y bajo un control hostil podría surgir otro conflicto Suez». *Izvestia* había publicado, además, una reciente información sobre ciertos rumores, procedentes de La Habana, acerca de la oportunidad del restablecimiento de relaciones entre Cuba y la URSS, interrumpidas durante el régimen de Batista<sup>26</sup>.

La Revolución parecía deslizarse por un plano profundamente inclinado hacia el socialismo. No se trataba de la utilización más o menos oportunista del marxismo por su ideario internacionalista, sino de una de las pocas alternativas posibles, a menos que la Revolución optara por negarse a sí misma. Aquella no podía ser una revolución más, precisamente por tratarse de Cuba —tan ligada, desde casi siempre, a los intereses foráneos—, tenía que convencer al mundo de que se trataba de plantear de una vez por todas un nuevo giro en la relación Norte-Sur. El problema no era, obviamente, de simple retórica, ni siquiera generacional, se trataba, sobre todo, de hacer tabla rasa del pasado, y ello conllevaba la búsqueda

---

<sup>24</sup> «Fidel Castro en Buenos Aires», nota del Ministerio español de Asuntos Exteriores (AGA. Exteriores, C-5359).

<sup>25</sup> «No debemos vacilar para expresar con toda claridad lo que sentimos», *La Nación*, 3 de mayo de 1959 (AGA. Exteriores, C-5359).

<sup>26</sup> Manuel de PAZ SÁNCHEZ [3], pp. 294-295.

de soluciones bastante más originales y, naturalmente, más traumáticas que las habituales hasta entonces en el contexto interamericano.

El ataque contra la República Dominicana parecía inevitable. Trujillo no sólo había ayudado a Batista en los últimos momentos de su mandato, con el envío de armas y de expertos en bombardeo con bombas incendiarias, sino que había puesto en pie de guerra una denominada Legión Anticomunista del Caribe, con objeto de combatir a la revolución cubana. A principios de junio de 1959, dos diplomáticos cubanos fueron atacados por exiliados partidarios de Batista y, al mismo tiempo, Ciudad Trujillo trataba de articular la oposición contra Castro, con el fin de atacar Cuba en la primera ocasión. Mientras tanto, la invasión de la República Dominicana por fuerzas provenientes de Cuba se llevó a efecto, por mar y aire, los días 14 y 20 del citado mes de junio, aunque, tras una breve resistencia, las fuerzas lideradas, entre otros, por el ex oficial rebelde Enrique Jiménez Moya fueron totalmente diezmadas<sup>27</sup>.

A partir de entonces se temió, en efecto, el contragolpe de Rafael Leónidas Trujillo, pues ni Cuba ni la República Dominicana estaban dispuestas a resolver sus problemas con la mediación de la OEA, una organización a la que ambos países no parecían guardar el debido respeto, entre otras cuestiones porque ambos, desde ópticas totalmente diferentes, tenían bastantes cosas que ocultar.

#### ESPAÑA Y EL GOLPE TRUJILLISTA CONTRA CUBA

Desde principios de junio de 1959 los republicanos españoles exilados en Cuba propalaron la noticia de la «recluta en España de soldados para ayudar a Santo Domingo», que fue desmentida de inmediato por los servicios de prensa de la Embajada de España en La Habana<sup>28</sup>. Existían, empero, indicios suficientes sobre el alistamiento de españoles con destino a los campamentos que Trujillo había levantado en diferentes enclaves de la República Dominicana, y que integraban la ya famosa Legión Anticomunista del Caribe.

Las buenas relaciones de Franco con el régimen de Trujillo habían cobrado un nuevo impulso a partir de 1954, a raíz de la visita a España del dictador dominicano. Además, España había contado siempre con el voto favorable del representante dominicano en todos los foros internacionales; el gobierno de Santo Domingo había apoyado también, en diversas ocasiones, los proyectos españoles tendentes a fortalecer «los lazos que unen a todos los países de nuestra habla y estirpe»; el propio Trujillo se había interesado vivamente por conservar y reconstruir «las reliquias históricas de la obra de España» y, asimismo, tanto el dictador como los miembros más relevantes de su gobierno se preocupaban por

<sup>27</sup> Ibidem, pp. 280-283.

<sup>28</sup> Informe nº 306 de Caldevilla, 6 de junio de 1959 (AGA. Exteriores, C-5360).

subrayar, en todo momento, «el carácter hispánico de la Isla y el recuerdo perenne de la obra de España»<sup>29</sup>.

Por otra parte, el mutuo entendimiento entre los dos países se había traducido, por ejemplo, en la intensificación de la corriente migratoria que, con posterioridad a 1954, había llevado a la República Dominicana una expedición de 4.131 españoles, procedentes de la zona de Levante y de otros lugares del país. La intención de Trujillo era la de «fortalecer el aporte racial español a la demografía de la Isla», pero sus propósitos se vieron truncados «por la ligereza con que fue organizada la expedición», puesto que prácticamente la mitad (unos 2.500) del contingente emigrado no tardó en regresar a España, al sufrir graves trastornos de aclimatación<sup>30</sup>. Paralelamente se iniciaron contactos para fomentar la presencia de miembros de la Iglesia católica española en Santo Domingo, que tuvieron que ser encauzados a través de la Obra de Cooperación Sacerdotal Hispanoamericana. «Los propósitos del generalísimo Trujillo eran los de reforzar conjuntamente los elementos étnicos de origen europeo y fortalecer los sentimientos católicos de las masas populares, sobre todo en la zona limítrofe con Haití». En este sentido, «el objetivo sería crear una barrera racial formada por campesinos de un mayor nivel cultural y económico que sirviese de frontera con la República de Haití»<sup>31</sup>.

Por último, existían otros aspectos de interés en las relaciones entre ambos países. En primer lugar los vínculos entre las fuerzas armadas —«siempre muy cordiales»—, consistentes en la doble faceta del envío de misiones militares españolas a Ciudad Trujillo y en la venida a España de cadetes de las diversas armas, con el fin de incorporarse a los estudios normales de las Academias españolas. En segundo término, los intercambios comerciales que oscilaban en torno al millón de dólares, lo que planteaba la necesidad de potenciar las exportaciones españolas hacia Santo Domingo, con el argumento de la mayor accesibilidad de su mercado para «nuestros productos». Y, en tercer lugar, la necesidad de fomentar proyectos de colaboración «técnica y financiera», como el planteado por la empresa española «Agromán» para la «construcción de dos grandes presas de aprovechamiento hidráulico y para regadío en los ríos Tavera y Nizao, con un importe aproximado de 55 millones de dólares». La aportación española sería, esencialmente, de carácter técnico, «pudiendo además encauzar una emigración reducida de obreros especializados que, fácilmente, encontrarían posibilidades de instalación por propia cuenta en el país»<sup>32</sup>.

A principios de junio de 1959, pues, la situación era especialmente oportuna, desde el punto de vista del exilio republicano, para divulgar la noticia de una presunta solidaridad de Franco con el dictador dominicano. En esos momentos se

<sup>29</sup> Manuel de PAZ SÁNCHEZ [3], p. 273.

<sup>30</sup> Ver también Francis POU, «Inmigración de agricultores españoles a la República Dominicana en el período Franco-Trujillo (1939-1961)», LIII, 198, *Revista de Indias*, 1993, pp. 563-582.

<sup>31</sup> Manuel de PAZ SÁNCHEZ [3], p. 274.

<sup>32</sup> *Ibidem* [3], pp. 274-275.

procedió, por ejemplo, a la suspensión de una de las secciones más leídas del *Diario de la Marina*, la firmada bajo el seudónimo de «Vulcano», a causa de las amenazas proferidas contra el periódico por el vocero del régimen, *Revolución*, y por el propio Fidel Castro. El periódico conservador había corrido el peligro, según Caldevilla, de ser incendiado y de ser atacados tanto el director, José Rivero, como los principales integrantes de la empresa al ser acusados de contrarrevolucionarios, puesto que sus «campañas coincidieron con los amagos de invasión a Cuba, procedentes de Santo Domingo, lo cual excitó más los ánimos». La amenaza exterior, empero, produjo un efecto no deseado para los intereses de la reacción, puesto que «a pesar del ambiente de desagrado que existe en aumento contra la revolución, el hecho de creer que una invasión podía traer de nuevo a Cuba al General Batista y a los principales de su régimen ha rebajado el entusiasmo por un cambio radical de Gobierno»<sup>33</sup>. Con tal aliado contaba Fidel Castro, en unos instantes en que las fuerzas revolucionarias que habían realizado la invasión de territorio dominicano eran aniquiladas sin piedad por el ejército de Trujillo.

En Cuba, mientras tanto, circulaban numerosas versiones sobre lo acaecido, pero resultaba creíble que, pese a los desmentidos oficiales, «sin una participación activa de Cuba y sin las facilidades proporcionadas por algunas autoridades militares de este país, no se hubiese podido realizar el intento que se ha llevado a cabo en días pasados». Al mismo tiempo, para nadie era un secreto que en Santo Domingo se estaban concentrando «elementos de lucha destinados a una operación de desembarco en Cuba por cubanos exilados y fuerzas mercenarias que tratarían de aprovechar el descontento creciente en amplias zonas de opinión para llevar a cabo un golpe de mano que eliminase de la escena política al actual gobierno y a las figuras más destacadas de la revolución», tal como manifestaba Lojendio. El plan contrarrevolucionario, añadía con todas las dudas del caso el embajador español, «sería el de hacer coincidir una supuesta rebelión interior, que diese a la operación un mínimo de apariencia de un movimiento interno de revuelta contra el régimen actual, con un desembarco bien en la isla de Pinos o en la propia isla de Cuba, apertura de frentes de distracción que concentraran importantes efectivos de este Gobierno y un simultáneo ataque a la guarnición de La Habana, que parece está completamente desorganizada, que se llevaría a cabo, según se dice en estas descripciones, con intervención de la aviación y por grupos tanto de desembarco como otros internos de sabotaje de servicios públicos a fin de provocar una situación insostenible al régimen actual». Tales rumores, aseguraba el diplomático español, «se complementan con detalles para todos los gustos, desde la abundancia de elementos de bombardeo por el lado contrarrevolucionario hasta la llegada de pilotos soviéticos para el manejo de los aviones del actual Ejército de Cuba». No obstante, sí era cierto que se había recogido dinero en «muchos medios que también suministraron fondos a la revolución y que gru-

<sup>33</sup> Informe n° 308 de Caldevilla del 20 de junio de 1959 (AGA. Exteriores, C-5360).

pos activos de elementos descontentos están ya en franca actividad de conspiración en diversas partes de la Isla y especialmente en su capital». Además, según Lojendio, muchos de estos reaccionarios «no proceden del régimen caído y algunos incluso han tenido participación en la revolución y en su triunfo», y, asimismo, se contaba con que, en el momento del golpe, «se sumarán a la lucha contra el Gobierno actual miles de ex miembros del Ejército del general Batista que ahora se encuentran no solamente en situación económica de lo más precaria sino en el constante temor de ser perseguidos por las Autoridades Revolucionarias en cualquier momento»<sup>34</sup>.

La situación de máxima tensión y extremo confusionismo, tal como la definió el embajador de España, se ilustraba además con dos hechos significativos. Por un lado la prolongación de la visita de Raúl Castro a la provincia de Oriente, «la más cercana a Santo Domingo, según unos para preparar la defensa contra la posible agresión dominicana y según los más para preparar nuevas agresiones contra la vecina República», y, por otro, la «gira por provincias» del líder máximo, quien procedió en Camagüey «a la intervención de todas las fincas ganaderas de más de 100 caballerías (unas 400 fincas), con objeto de hacerlas producir ya que según él los grandes ganaderos no compraban a los pequeños criadores ganado joven para su cebo y engorde, con lo que se creaba no solamente una situación de grave contracción económica, sino una amenaza de falta de abastecimiento de carne para un futuro próximo». *¡Tiemblen los contrarrevolucionarios! ¡Tiemblen los latifundistas!* Había gritado en las concentraciones de masas el primer ministro del gobierno revolucionario y, al mismo tiempo, había anunciado la llegada de medio millón de campesinos a La Habana, para celebrar el aniversario del 26 de Julio, que viajarían con sus machetes al cinto para defender la Ley de Reforma Agraria. «Toda esta actividad ha sidoazonada con algunas detenciones de propietarios de tierras en algunas provincias»<sup>35</sup>.

Poco después, la noticia de que Trujillo había importado de España unos ochocientos ex presidiarios para la invasión de Cuba, transmitida por la agencia *Prensa Latina*, preocupó seriamente a la oficina de información y prensa de la representación española en La Habana. El envío de mercenarios españoles para la Legión Extranjera de Trujillo, aseguraba Caldevilla, «constituye un constante argumento de propaganda para los exilados españoles». Según se afirmaba, además, era «cierto que hay un grupo de voluntarios españoles», pues informes recientes anunciaban, en este sentido, que «en Vigo y en La Coruña los reclutados lo dicen públicamente y de ser cierto, en absoluto, semejante hecho nos causa positivo daño». Se quejaba también Caldevilla de que, «hasta el presente, no se ha recibido una información exacta sobre el particular», por lo que «en el caso de hacerla convendría que la publicase antes la prensa española, para reproducirla

<sup>34</sup> Despacho de Lojendio del 26 de junio de 1959 (AGA. Exteriores, C-5359).

<sup>35</sup> *Ibidem*.



aquí inmediatamente». No obstante, Fidel Castro había sido entrevistado por periodistas españoles y, al parecer, había tenido «amables frases para España y para esta Embajada; rehuendo, por otra parte, el hablar de política»<sup>36</sup>.

En días sucesivos, según manifestaba Caldevilla, se había visto obligado a visitar diariamente a los periódicos «para evitar la inserción de noticias sobre la supuesta ayuda de España a Santo Domingo» y, paralelamente, se procedió a la publicación por la consejería de prensa de una nota en la que se desmentía «que voluntarios de la División Azul y mucho menos tropas regulares hayan ido a Santo Domingo para engrosar la Legión Extranjera». Se reafirmaba, además, que el gobierno español no tenía nada que ver con «semejante asunto», puesto que, en un programa de televisión, se había asegurado lo contrario. «También se pudo retirar en los periódicos de la mañana, que son los principales, otra noticia de la UPI por la que se informaba que en La Guaira el *Virginia de Churruca* no pudo ser descargado a causa de una huelga en represalia por haber llevado voluntarios españoles a Ciudad Trujillo». Según Caldevilla, además, «toda la actividad periodística de los exilados españoles del grupo de Bayo está frenada en la mayoría de los periódicos, en los canales de televisión y en más de diez emisoras de radio». No obstante un cable de UPI, insertado en la prensa local con fecha 5 de julio, «afirmó que 300 españoles pertenecientes a la antigua División Azul están ya en Santo Domingo al servicio de Trujillo», extremo que fue rápidamente desmentido por los servicios de prensa de la representación española, como antes se dijo. La actitud de la revista *Bohemia*, empero, resultaba alentadora, puesto que las informaciones sobre la ruptura de relaciones entre Cuba y la República Dominicana habían eludido cualquier alusión al régimen de Franco y, además, «la actividad desplegada por los exilados españoles y las noticias sobre el envío de mercenarios de España a las filas del Ejército de Trujillo no encontraron ningún eco en la revista»<sup>37</sup>.

Por otra parte, el 20 de julio se anunció oficialmente el arresto en La Habana de diez antiguos militares que fueron acusados de «conspiración contra el gobierno revolucionario». Según un comunicado del quinto distrito militar eran miembros de la organización *Rosa Blanca*, «fundada en el extranjero para combatir al gobierno cubano». A los detenidos se les habían ocupado armas, uniformes, un transmisor de radio y explosivos. La paralela crisis de gobierno, esto es, la dimisión forzada por Castro del presidente Manuel Urrutia y su propia dimisión como primer ministro, pese a su indiscutible impacto no tardó en remitir. El nuevo presidente de la República, Oswaldo Dorticós, realizó un llamamiento para que el máximo dirigente de la revolución se reincorporara a sus funciones en el

<sup>36</sup> Informe n° 310 de Caldevilla del 4 de julio de 1959 (semana del 28 de junio al 4 de julio), AGA. Exteriores, C-5360.

<sup>37</sup> Informe n° 311 de Caldevilla del 11 de julio de 1959 (semana del 4 al 11 de julio), AGA. Exteriores, C-5360.

seno del gobierno, pero Castro no tenía ninguna prisa, puesto que disponía de todos los resortes del poder. Además, desde el día anterior, comenzaron a llegar a La Habana las primeras avanzadas de los quinientos mil guajiros convocados en la capital para que manifestaran su apoyo a la reforma agraria, «como parte de los festejos con que se celebrará oficialmente por primera vez, el 26 de julio»<sup>38</sup>.

La magna concentración campesina del 26 de julio fue aprovechada por Castro, como había sospechado Lojendio, para anunciar su reincorporación a la jefatura del gobierno. La reunión, «numéricamente inmensa», se desarrolló «sin la más mínima alteración de orden público...», y han revelado sus componentes una condición de bondad y sana alegría, características tradicionales del campesino cubano que no se han perdido, ni parece lleven camino de perderse a pesar del intento de ciertas propagandas de crear en el campo un agrio clima de resentimiento social». Fidel Castro había pronunciado un «discurso largo, aunque no de las proporciones en él habituales; fuerte, aunque menos demagógico que el término medio de los anteriores, y construido con la indudable eficacia dialéctica» con que el jefe de la revolución se dirigía a las masas. «Me pareció —afirmaba el diplomático— un discurso notable por la precisión y valentía con que abordó algunos temas» como, por ejemplo, el de la actuación de las agencias de información norteamericanas que monopolizaban la información y falseaban a su antojo la realidad, tratando de llevar a cabo «una verdadera colonización de las conciencias al servicio de intereses que no son siquiera los del gobierno y el pueblo de los Estados Unidos», una cuestión que Lojendio no dejó de comparar con el acoso informativo que, durante las dos últimas décadas, había sufrido el régimen de Franco. Estos asertos —así como otros «dedicados a enjuiciar la democracia representativa»—, fueron expuestos por Castro en su típico estilo reiterativo, pero sin que el discurso perdiese «el atractivo de su indudable y peculiar elocuencia»<sup>39</sup>.

Muy diferente había sido, sin embargo, la intervención del primer ministro en Santiago de Cuba, con motivo del primer aniversario de la muerte de Frank País. En un tono duro y enojado, Castro dedicó casi todas sus palabras a fustigar a «elementos no determinados» del ejército rebelde, en cuyo seno había advertido, al parecer, síntomas de relajación, de falta de conciencia revolucionaria y, según dijo, de adaptación a comportamientos propios de los ejércitos de «antes», por la pérdida, en una palabra, del «espíritu que le llevó a la victoria». Convenía —en opinión de Lojendio—, subrayar la importancia de esta arenga del líder máximo, «porque se relaciona, sin duda, con rumores de descontento en amplios sectores del ejército y con otras versiones, cada día en circulación creciente, que revelarían que

<sup>38</sup> Manuel de PAZ SÁNCHEZ [3], p. 173.

<sup>39</sup> Despacho reservado de Lojendio del 31 de julio de 1959 (AMAE, R-5432-1 y AGA. Exteriores, C-5359).

la situación del gobierno y de la Revolución misma no son tan firmes como lo que pudiera creerse a través de sus actos públicos y de sus concentraciones»<sup>40</sup>.

La opinión pública cubana no era impermeable a la campaña exterior y «los medios gubernamentales se sienten preocupados por ella, así como por las facilidades que en los Estados Unidos se dan a los elementos que huyen de Cuba y conspiran contra este gobierno». Se diría —aseveraba el diplomático—, «por un conjunto de hechos, a los que la administración y el gobierno de los Estados Unidos no parecen tan ajenos como lo proclaman, que se trata de montar, como ya en ocasión anterior he informado a V.E., una operación semejante a la que desarrolló en Guatemala para la caída del gobierno del presidente Arbenz», pues tal hipótesis, en principio no excesivamente relevante, parecía confirmarse ahora por las recientes manifestaciones del almirante Burke, jefe de operaciones navales del estado mayor americano, «al advertir del peligro de la creación de una base comunista en Cuba»<sup>41</sup>.

Mas, lo grave del asunto era que, al parecer, el detonante de la acción contrarrevolucionaria no provenía, precisamente, de los elementos exiliados ni de los «mercenarios de Trujillo», sino de «oficiales y tropa del propio Ejército Rebelde», en cuyo seno aumentaba el descontento y, por ello, podían relacionarse con esta situación interna «las palabras con que ayer Fidel Castro fustigaba el relajamiento del espíritu revolucionario del Ejército». Es más, existía la posibilidad de que se estuvieran fraguando atentados personales contra el máximo dirigente, quien, por cierto, había terminado su discurso en Santiago con una apelación a los mártires de la Revolución, al declarar que «los que fuimos sus compañeros en las cárceles y en las batallas estamos también dispuestos a serlo en sus tumbas». Se trataba de un tono poco habitual en los discursos de Castro, largos en proporciones pero «sobrios en adjetivos e imágenes», lo que podría reflejar el dramatismo que, tal vez, estaba a punto de experimentar el país. Entre tanto, se afirmaba incluso que, en caso de producirse un cambio político en Cuba, podría situarse al frente de un gobierno de transición una figura no implicada con el régimen de Batista, como el ex senador del Partido Revolucionario Cubano (Auténtico), Arturo Hernández Tellaheche<sup>42</sup>.

Fidel Castro, aseguraba el embajador de España, también tenía su parte de culpa. A lo largo de aquellos seis meses, el máximo dirigente había «deteriorado su situación con una rapidez inesperada a causa de la velocidad extrema y, por ello, sumamente peligrosa que ha querido imponer a la acción revolucionaria, sin tener en cuenta sus repercusiones inmediatas en la economía y en la estructura social y mental del país, así como en las relaciones con los Estados Unidos en cuyo mantenimiento cuidadoso descansa gran parte de la prosperidad de que,

<sup>40</sup> Ibidem, fol. 5.

<sup>41</sup> Ibidem, fols., 6-7.

<sup>42</sup> Ibidem, fols., 7-9.

durante tantos años y a pesar de los malos gobiernos, ha disfrutado esta Isla». Las causas de esta celeridad revolucionaria estaban enraizadas en su propio carácter y, además, en ciertas influencias políticas. «Movido por su propio fogoso temperamento y probablemente por noble idealismo —añadió el diplomático—, pero empujado indudablemente por elementos ligados al comunismo internacional o imbuidos de resentimiento social o antiamericano que han sabido halagar su indudable soberbia, el gobernante de Cuba ha hecho caso omiso de la voz de la experiencia y lleva camino de condenar al país a una situación realmente grave cuyos perfiles se van marcando cada día con mayor claridad». En determinados círculos del propio régimen existían, en efecto, «síntomas de preocupación creciente», debido a ello Lojendio dedujo que, en una situación como aquella, podrían ocurrir toda suerte de hechos imprevisibles, «o mejor sería decir que es previsible que sucedan cualquier clase de acontecimientos»<sup>43</sup>.

El golpe trujillista contra Cuba se acabó realizando con la colaboración de elementos reaccionarios del interior, pero fue aniquilado rápidamente. Sin embargo, durante aquellos meses, preocupó seriamente al gobierno revolucionario la envergadura que pudiera tener la respuesta, directa o relativamente encubierta, del gobierno de Trujillo. Raúl Roa declaró, por entonces, que la intranquilidad y las amenazas a la paz en el Caribe no provenían de Cuba, sino de la República Dominicana. «Esa intranquilidad es ya vieja y data desde el momento mismo en que asumió el poder autocráticamente el benefactor, mejor dicho, el *malefactor* de la patria dominicana, Rafael Leónidas Trujillo. Desde entonces data esta intranquilidad, que ha venido manifestándose por la política agresiva y expansiva, por sus métodos y procedimientos llevados a efecto por Trujillo. Es por ello que Trujillo constituye en la OEA la náusea de América y puede calificarse asimismo como un asesino sin fronteras». Roa admitió la inminencia de un ataque trujillista, dadas las características del régimen dominicano, e insistió, también, en la posible ausencia de Cuba de la reunión de cancilleres de la OEA, a celebrar en Santiago de Chile el 12 de agosto, en el caso de que no se introdujera —en el orden del día de la reunión—, un punto de debate sobre el problema del subdesarrollo económico en América Latina y su incidencia en la inestabilidad política, «ya que estos son los gérmenes de las dictaduras en el Continente»<sup>44</sup>.

El 31 de julio de 1959, se recogieron en Caracas las declaraciones de Isaías Monzón —un individuo que afirmó no ser pariente del soldado cubano Izquierdo Monzón, antiguo asistente de Pedraza que había huido de Santo Domingo—, en el sentido de que Trujillo había invertido cinco millones de dólares en la preparación de un ejército mercenario contra Cuba. Monzón, que acababa de llegar de la República Dominicana tras pasar por Haití y Puerto Rico, agregó que era inminente la invasión de Cuba por fuerzas mercenarias de varios países y que la fecha

<sup>43</sup> Ibidem, fols., [9-10].

<sup>44</sup> Manuel de PAZ SÁNCHEZ [3], pp. 284-285.

de la operación se había fijado, en principio, para «la quincena comprendida entre el 26 de julio y el 9 de agosto, pero esta semana se decidió que el ataque se produzca inmediatamente después de la próxima reunión de Cancilleres a celebrarse en Santiago de Chile». El plan militar consistiría en atacar simultáneamente la capital cubana y la isla de Pinos, esta última para utilizarla como base de aprovisionamiento que recibiría, desde Santo Domingo, equipos para veinte mil hombres. El ejército invasor estaría formado por veteranos de guerra, cuyo reclutamiento en Europa había comenzado a fines de enero anterior, a los que se sumarían ex militares cubanos «prófugos de la justicia revolucionaria, que escaparon de Cuba vía Estados Unidos». La organización militar incluiría mil doscientos paracaidistas, aviones militares y de transporte, y estaba previsto que coincidiera con «una fulminante ocupación militar de una parte del territorio haitiano, con el pretexto de impedir un presunto ataque cubano a Santo Domingo, vía Haití». La dirección militar de las operaciones estaría encomendada al general Eleuterio Pedraza, mientras que la máxima responsabilidad política correspondía a Emilio Núñez Portuondo, personaje «sumamente relacionado con ciertos intereses norteamericanos que no ocultan su desagrado ante los acontecimientos de Cuba». Tales «intereses» deseaban, al parecer, otro punto de partida diferente para una operación contra Cuba, pero no habían encontrado, hasta el momento, ningún otro gobierno latinoamericano dispuesto a colaborar facilitando una base para los preparativos de la invasión<sup>45</sup>.

En su informe del 1º de agosto Caldevilla recogía una vez más la noticia del «envío de mercenarios españoles a Santo Domingo», de lo que se culpaba al gobierno de Franco. «Un despacho de la UPI desde Nueva York da cuenta de una manifestación contra nuestro Gobierno organizada por el Movimiento Dominicano de Liberación». La revista *Bohemia*, sin embargo, no había publicado ni una sola línea «haciendo eco de esta campaña». En este mismo informe, además, el consejero de prensa indicaba que había comunicado al embajador noticias confidenciales sobre el «inmediato estallido de una contrarrevolución, con detalles que se están averiguando y que pueden quedar perfilados antes del próximo lunes, día tres». Si no se producía ninguna contraorden «parece que el nuevo acontecimiento político, que será un episodio sangriento, sucederá antes de la conferencia de Cancilleres, fijada para el día 12 de este mes». Las consecuencias de este asunto para España, estimaba Caldevilla, «no serán desfavorables, en el caso de que triunfase, sino todo lo contrario»<sup>46</sup>.

Entre los días 8 y 10 de agosto fue descubierta una seria conspiración contrarrevolucionaria, cuyo plan —como había comentado el embajador español— com-

<sup>45</sup> «Exponen planes de invasión trujillista», *Revolución*, La Habana, 1º de agosto de 1959 y «Habla Monzón en Caracas. 5 millones de dólares ha invertido Trujillo en un ejército contra Cuba, dice», *Prensa Libre*, La Habana, de la misma fecha (recortes en AMAE, 5432-1).

<sup>46</sup> Informe de Caldevilla del 1º de agosto de 1959 (AGA. Exteriores, C-5360).

prendía una insurrección interna ligada a una simultánea invasión desde el exterior. Entre los detenidos, que el gobierno cifró en una cantidad superior al millar, se contaban varios elementos que se habían destacado por su oposición a Batista. En el complot estaban envueltos, en efecto, ex militares del antiguo ejército, elementos batistianos y, asimismo, algunos revolucionarios, «contando con el apoyo de Santo Domingo». Su objetivo no era otro que «derribar el actual régimen revolucionario», como recordó, más tarde, el encargado de negocios Eduardo Groizard<sup>47</sup>.

El hecho cumbre de la actualidad, aseguraba Caldevilla en su informe relativo a la semana del 8 al 15 de agosto, había sido, en efecto, el «descubrimiento total de la enorme conspiración que se fraguaba para derrocar al régimen de Fidel Castro». La consecuencia inmediata, empero, había sido el fortalecimiento del régimen revolucionario. Uno de los prisioneros tomados a los invasores era un legionario español que, al ser entrevistado ante las cámaras, «produjo un magnífico efecto, pues contestó, adecuadamente, contra las insinuaciones de los periodistas de una aparente culpabilidad por parte de nuestro gobierno en la recluta de legionarios para Trujillo»<sup>48</sup>.

En su despacho del 15 de agosto Lojendio fue más explícito. Indicó que, por carta particular «muy reservada» del día 8, había comunicado al Ministerio la posibilidad de la «inminente iniciación de una acción armada de gran escala» contra el gobierno revolucionario, señalaba los distintos factores que entraban en la conspiración y la participación de elementos pertenecientes al Ejército Rebelde. «De estas tropas, que habían de desempeñar un papel capital en la realización del movimiento conspirativo, decía que eran bien conocidas así como sus comandantes cuyos nombres no creí oportuno incluir en dicha carta». Se refería, obviamente, a los comandantes William Morgan y Eloy Gutiérrez Menoyo, «destacadas figuras de la Revolución que pertenecen a una organización de la misma, ajena al Movimiento 26 de Julio, pero encuadrada en el actual Ejército con el nombre de Segundo Frente Nacional del Escambray»<sup>49</sup>.

El viernes día 14, en una comparecencia ante la televisión que había durado hasta altas horas de la madrugada del sábado, el primer ministro Fidel Castro explicó al país con todo detalle las circunstancias que habían rodeado la conspiración y la detención de los principales elementos involucrados en ella. «En pocas palabras, se trata en efecto de que desde un principio los jefes del Segundo Frente Nacional del Escambray y especialmente los dos citados comandantes William Morgan y Eloy Gutiérrez Menoyo se habían infiltrado en las filas de la conspiración, o más exactamente la habían iniciado, se habían ganado la confianza de elementos contrarios al Gobierno y el apoyo del general Rafael Leónidas

---

<sup>47</sup> Telegrama cifrado de Lojendio del 10 de agosto de 1959 (AMAE, R-5436-10) y despacho de Groizard del 25 de septiembre de 1959 (AMAE, R-5436-2).

<sup>48</sup> Informe nº 316 de Caldevilla del 15 de agosto de 1959 (AGA. Exteriores, C-5360).

<sup>49</sup> Despacho reservado de Lojendio del 15 de agosto de 1959 (AGA. Exteriores, C-5359).

Trujillo de Santo Domingo, quien designó al propio comandante William Morgan (nombre de guerra para esta operación: *Henry*) Jefe máximo de las operaciones a llevarse a cabo y por su petición y consejo nombró Jefe civil del Movimiento contrarrevolucionario como futuro Presidente del Gobierno caso de que triunfase, al Senador Arturo Hernández Tellaheche». Con estos antecedentes, aseguraba el representante español, «fue fácil extender las redes de la conspiración, cazar en ellas a numerosos incautos y entregarlos al Gobierno en el momento señalado por éste»<sup>50</sup>.

Aseguraba Lojendio, asimismo, que Fidel Castro había sostenido que «el principal enlace entre las fuerzas conspiradoras y especialmente su supuesto Jefe comandante Morgan con el generalísimo Trujillo» había sido un «sacerdote español residente en Santo Domingo llamado Velasco». Terminada su larga exposición de los hechos, el primer ministro del gobierno revolucionario presentó, ante los periodistas, a varios detenidos que habían sido capturados, mediante un oportuno ardid, junto al avión en que venían «algunos elementos que iban a participar en la conspiración y cuyo viaje desde Santo Domingo había sido reclamado por el comandante Morgan, quien los hizo prisioneros a su llegada al aeropuerto de Trinidad en el que los había citado». Entre ellos se encontraba un español llamado Alfredo Malibrán Moreno, mercenario de la denominada Legión Extranjera de Trujillo y procedente de la Legión Francesa, en la que había estado enrolado durante cinco años.

Según el representante de España, la «actuación de este prisionero ante la televisión, en la que fue el primero en comparecer, fue de suma sobriedad y dignidad». Explicó la forma en que había sido reclutado en Madrid por mediación de un periodista español, bajo la fórmula de un contrato civil para trabajar en uno de los ingenios azucareros de Trujillo. «Fue preguntado por qué se enroló en la lucha contra Cuba y dijo que se le había manifestado que había aquí un régimen comunista». Además, a la pregunta capciosa de un periodista sobre si también había estado en Hungría, «contestó el detenido que no había estado en Hungría sino en Indochina y que su padre había sido asesinado por los comunistas, declaración que causó tanto en el Comandante Castro como en los periodistas y personas que le acompañaban impresión que se evidenció en un general silencio». Por otra parte, «al intento de otro periodista de hacer complicar en la aventura de la Legión Extranjera Dominicana a las Autoridades españolas señaló el detenido que no tenían ninguna vinculación con este asunto, que él como los demás españoles contratados en España o Francia, cuyo número hizo ascender a 120, tenían sus documentos en regla, los pasaportes en vigor y venían provistos de los correspondientes contratos de trabajo civil». Asimismo, el propio Fidel Castro le preguntó si las autoridades españolas en Santo Domingo conocían «cómo estaban los españoles en el *Campamento José Trujillo Valdés* de cuyo trato se quejaba el

<sup>50</sup> Ibidem, fols., 2-3.

declarante, éste manifestó que los legionarios españoles no habían acudido a las autoridades diplomáticas españolas, a lo que el primer ministro dijo que aquí las autoridades de su país podían interrogarlo a él, a lo que invitó al embajador de España». Lojendio, según indicaba en su despacho, había confiado al cónsul general de España la misión de contactar con el prisionero y asesorarle para su defensa<sup>51</sup>.

En síntesis, el conjunto de la maniobra explicada por Castro le produjo al embajador español «la impresión de una operación hábil y audaz realizada con indudable eficacia momentánea, pero tan al margen de las normas ortodoxas de Gobierno de un país que, al mismo tiempo que cabe ante ella señalar las brillantes condiciones policiales que el Dr. Fidel Castro ha demostrado, hace también pensar en la imposibilidad de que con las normas de conducta cuya aplicación reveló pueda seguir gobernándose este país en la forma en que lo necesita». Además, gran parte de la comparecencia ante las cámaras del primer ministro se centró en las críticas a la Conferencia de Cancilleres de Santiago de Chile, a la que consideró «una farsa convocada por una intriga de Trujillo», cuyo régimen era «hijo de la intervención americana y ahijado de las Organizaciones Internacionales». Denostó también al Secretario de Estado Herter, «por haberse ocupado del ir y venir de expediciones en el Caribe pero no del hambre y subdesarrollo de los pueblos de América». Mientras tanto, añadía Lojendio, en el interior de Cuba se había procedido a practicar numerosas detenciones, «principalmente de elementos conservadores y agrarios y miembros del antiguo Ejército», en una cifra que, al parecer, superaba las cuatro mil personas, entre ellas la mayoría de los aviadores y mecánicos de aviación de la Fuerza Aérea y los propios prisioneros capturados en Trinidad procedentes de Santo Domingo. En una palabra, concluía el embajador, «no parece el camino que se sigue el más indicado para conseguir la paz que necesita el país, ni siquiera para lograr aquel tipo de paz que en Varsovia se hizo famosa»<sup>52</sup>.

Raúl Roa vindicó el 13 de agosto, en su discurso durante la tercera sesión plenaria de la Conferencia de Cancilleres celebrada en Chile, la «investidura plausible» y la legitimidad del gobierno revolucionario, criticó duramente a las tiranías americanas, ratificó la oposición de su gobierno «a toda intervención de un estado o de un grupo de estados, continentales o extracontinentales, y sea cual fuere el motivo, en los asuntos internos y externos de otro», y atacó el intervencionismo de la República Dominicana en los asuntos de Cuba, tanto mediante transmisiones radiofónicas como, especialmente, con el «adiestramiento y la organización de bandas armadas, organizadas por un Gobierno que públicamente lo admite y hasta las bautiza con el nombre de Legión Extranjera, reclutando mercenarios europeos y asiáticos y entregándole la dirección de esta empresa militar de típico corte filibustero a los más repulsivos y caracterizados criminales

---

<sup>51</sup> Ibidem, fols., 4-6.

<sup>52</sup> Ibidem, fols. 6-8.



de guerra cubanos». En este sentido, matizó Roa, la «contrarrevolución recientemente descubierta en Cuba, urdida, organizada y financiada en Ciudad Trujillo, con ramificaciones en el disuelto ejército de la dictadura de Batista, la cooperación de los criminales de guerra refugiados en Miami y el concurso de algunos latifundistas afectados por la Ley de Reforma Agraria, es prueba concluyente de lo antes dicho». El gobierno revolucionario de Cuba, añadió más adelante, es «partidario decidido de la protección internacional de los derechos humanos y de la sanción también internacional, de quienes los desconocen». En tal sentido propuso, para discutir en la Conferencia Interamericana —como órgano supremo de la OEA— a celebrar en Quito a principios de 1960, «la consideración de varios temas encaminados a crear un sistema eficaz para fortalecer el ejercicio de las libertades fundamentales, proteger los derechos humanos y establecer, cuando menos, un cordón sanitario en torno a las dictaduras, que debían ser radicalmente excluidas de la comunidad jurídica americana por vivir al margen de la Ley Internacional»<sup>53</sup>.

El texto de la comparecencia de Fidel Castro ante la televisión, el día 14 de agosto de 1959, con objeto de explicar «al pueblo de Cuba los detalles de la conspiración trujillista y batistiana» constituye también un voluminoso documento que la prensa local publicó de inmediato. La minuciosa explicación de la trama contrarrevolucionaria y del proceso de seguimiento policial de la misma, la satisfacción por los resultados obtenidos y, de hecho, la necesidad de transmitir al pueblo la verdad de lo sucedido, hizo afirmar al primer ministro que «de haberse podido mantener el secreto, en el transcurso de unos 15, 20 ó 25 días, tengo la seguridad que se hubiera logrado no sólo capturar el avión y los tripulantes, sino también a los criminales de guerra, el ejército de Trujillo y Trujillo mismo». Pero, tal como había resumido el embajador de España, Castro desveló detalles interesantes como, por ejemplo, los relativos a los contactos de los que se había valido Trujillo para conseguir la presunta participación de Morgan y de otros elementos rebeldes en la conspiración. Según el primer ministro, el dictador dominicano contó con la colaboración del cónsul en Miami, «que era uno de los principales agentes suyos en estas tareas conspirativas», con determinadas personas que viajaban con frecuencia entre la capital de Florida y Cuba y, también, con un «personaje singular», un «cura español», apellidado Velasco y residente habitual en Santo Domingo, «borracho consuetudinario e inmoral por completo»<sup>54</sup>.

Ante las cámaras de televisión fueron interrogados, también, algunos de los prisioneros capturados en el avión procedente de Santo Domingo, entre ellos el

<sup>53</sup> «Discurso pronunciado por el Excmo. Sr. Dr. Raúl Roa, Ministro de Estado de la República de Cuba, en la tercera sesión plenaria celebrada en la tarde del día 13 de agosto de 1959», Oficina de Publicidad e Información de Palacio, La Habana, 14 de agosto de 1959, copia mecanografiada (AGA. Exteriores, C-5358).

<sup>54</sup> «Comparecencia del Dr. Fidel Castro Ruz ante las cámaras de televisión para explicarle al pueblo de Cuba los detalles de la conspiración. Agosto 14 de 1959», Oficina de Publicidad e Información de Palacio, copia mecanografiada (AGA. Exteriores, C-5358).

español Malibrán Moreno. *Pertenecí a la Legión Extranjera, de donde había sido desmovilizado hacía siete meses. Entonces deseaba volver a mi país y ver a mi familia. Por eso regresé a España. Allí empecé a trabajar, pero quedé cesante. Luego encontré a ese señor, que me fue presentado y le firmé un contrato civil. Por el contrato se me ofrecía trabajo por dos años con una paga inicial de 250 dólares, porque iba como suboficial. Una vez que estuve en Santo Domingo estuve de sargento y algún tiempo más tarde me hicieron teniente en el hospital. Indicó que había sido contratado en Madrid por un periodista madrileño —un tal Tessier —«que fue enviado por los dominicanos», y afirmó también que habían sido contratados unos 120 españoles, entre ellos un grupo de residentes en Francia. La salida de España no hacía necesaria, en efecto, ninguna disposición especial por parte del gobierno español. Salimos con pasaportes civiles, o sease, se hacían los pasaportes por medio de una Agencia y se salía con ese pasaporte. En realidad era un contrato de trabajo civil y como todo el mundo había hecho su servicio militar podía salir. El prisionero español realizó, asimismo, las manifestaciones sobre las causas de su alistamiento que fueron resumidas por el embajador de España en su comunicado oficial, e informó que también se habían alistado otros hombres procedentes de distintos países de Europa, como yugoslavos, alemanes, checoslovacos, rusos, etc., unos 260 hombres en total. En resumen, pues, la impresión que debieron causar las palabras del mercenario español ante la opinión pública cubana, tal como observó Lojendio, era que el gobierno de Franco nada tenía que ver con la recluta de mercenarios españoles por parte de Trujillo, al menos oficialmente.*

En la tarde del 27 de agosto, un grupo de aproximadamente una treintena de exilados dominicanos, «entre los que se contaban algunos refugiados españoles», realizó una manifestación pacífica ante el edificio de la Embajada de España. Portaban carteles y pancartas en los que podían leerse frases alusivas al reclutamiento de mercenarios para Santo Domingo, y en ellos se afirmaba que «el gobierno de Franco ayuda al chacal del Caribe». El grupo permaneció en actitud de protesta por algún tiempo, hasta que una llamada del encargado de negocios interino al subsecretario técnico del Ministerio de Estado cubano hizo que la policía procediera a la dispersión de los manifestantes, antes de que transcurriera media hora. Según Zavala, «como el objeto de esta demostración era principalmente el de protestar por la supuesta actitud del gobierno español respecto al reclutamiento de españoles para servir en Santo Domingo, lo que el Gobierno cubano sabe es absolutamente falso por habérselo hecho saber así en varias ocasiones y últimamente cuando el embajador Lojendio se entrevistó con el primer ministro Fidel Castro» y, asimismo, por la propia demora de la actuación policial, realizada previa petición de la representación diplomática, se procedió a la realización de una protesta personal ante el mencionado subsecretario técnico, Chavarry, por «permitir un acto de tal naturaleza hacia un país que como España mantiene con Cuba las más estrechas y cordiales relaciones». La respuesta oficial resultó ple-

namente satisfactoria puesto que Chavarry subrayó que su gobierno lamentaba lo sucedido, y dio «seguridades de que semejantes actos no volverían a suceder». En opinión del encargado de negocios, la manifestación también había resultado un nuevo fracaso para los grupos de exiliados españoles que, desde el primero de enero de 1959, trataban de aprovechar cualquier oportunidad para «llamar la atención y conseguir alguna publicidad»<sup>55</sup>, bastante parca en este caso, en los medios de comunicación locales, como había sucedido en otras ocasiones.

Posteriormente, el 30 de septiembre de 1959, al ser entrevistado en un programa de televisión, el canciller Raúl Roa subrayó, respecto al reclutamiento de mercenarios españoles para Santo Domingo, que «el embajador de España Sr. Lojendio, había negado que en España se reclutaran mercenarios para Trujillo, aunque de las declaraciones del español capturado el día 3 de agosto en Trinidad, no parece desprenderse tal cosa. Sin embargo, desde un punto de vista diplomático aceptó lo dicho por el señor Lojendio». Ante la insistencia del periodista, Roa se ratificó en sus respuestas y añadió que «si quiere saber algo más sobre este asunto cuando termine el programa de televisión le diré lo que pienso sobre él». En sus declaraciones, el ministro de Exteriores cubano se refirió también a otros problemas cruciales del momento, como la relación con Estados Unidos, y pronosticó que «a Cuba le está deparado un gran destino, porque, unida a otros países afroasiáticos, seremos la fuerza de equilibrio entre las dos grandes potencias, lo que tendrá una gran importancia para la preservación de la paz»<sup>56</sup>.

Poco después se procedía a la firma del nuevo «Modus Vivendi» comercial y de pagos entre Cuba y España. Caldevilla lo celebró en su informe a la Oficina de Información Diplomática y, además, aprovechó para comentar un trabajo, contrario a los intereses del régimen de Franco, publicado por el periodista Renzo Trionfera en la revista *Bohemia*, cuya hostilidad hacia España había menguado, de forma harto ostensible, a partir del 1º de enero de 1959. En su último número se había dado a conocer, también, una carta en defensa del régimen español y el consejero de prensa recordó, asimismo, que con motivo de la abortada contrarrevolución de agosto «ni por una sola vez involucraron el nombre del Caudillo con el de Rafael Leónidas Trujillo», y ello a pesar de «la realidad de unos voluntarios españoles, que fueron a la Legión Extranjera de Santo Domingo». Las páginas de la famosa revista estaban abiertas, asimismo, a la publicación de textos favorables a España. Otras noticias, sin embargo, jalonaban la actualidad cubana, como la renuncia y el encarcelamiento del comandante Hubert Matos, el vuelo del ex jefe de la Fuerza Aérea Revolucionaria sobre La Habana, el también comandante Pedro Luis Díaz Lanz, y el propio discurso del primer ministro Fidel Castro con

<sup>55</sup> Despacho de J. Joaquín de Zavala, encargado de negocios a.i., del 28 de agosto de 1959 y comunicación al director general de asuntos políticos de Centro y Suramérica del 26 de septiembre de 1959 (AGA. Exteriores, C-5364).

<sup>56</sup> Despacho de Groizard del 3 de octubre de 1959 y recorte adjunto de *Excelsior* (AGA. Exteriores, C-5364).

sus famosas tesis sobre la falsedad de las campañas anticomunistas, sus consignas frente a Estados Unidos y sus críticas a la prensa reaccionaria que representaba un peligro para la revolución y para Cuba. Según Caldevilla, que poseía grandes conocimientos militares por haber desempeñado esta profesión, «la afirmación de que La Habana ha sido bombardeada es totalmente falsa», las víctimas de la jornada fueron producidas por la impericia de los artilleros antiaéreos que intentaron derribar el avión de Díaz Lanz, lo que «hizo que las trazadoras al caer en tierra estallasen y causaran muertos y heridos», por ello la protesta convocada ante el palacio presidencial carecía de fundamento. En aquella tesitura, pues, concluía el agregado de prensa de la representación española, «la preocupación, en los medios católicos, es grave, la marcha hacia un Estado socialista, muy clara»<sup>57</sup>, y las esperanzas de rectificación parecían alejarse irremisiblemente.

Ante el fracaso de sus expectativas algunos sectores del exilio republicano optaron, a partir de entonces, por fórmulas más violentas. El periódico *La Calle* no tardó en publicar un reportaje en el que se indicaba que «queda un solo camino en España: la guerra civil», mientras que el ex oficial Bayo acababa de publicar un manifiesto donde atacaba a Franco y a su régimen y daba instrucciones «para imaginativas expediciones contra España». Tales actividades, aunque en principio no podían ser llevadas a la práctica, debían ser tenidas en cuenta «porque el intento primero era provocar campañas internacionales de prensa, con el pretexto de actos de terrorismo y sabotaje, que sabrían vestir de campañas populares contra nuestro Régimen». Por otra parte, habían comenzado los rumores, ciertos según Caldevilla, de que una parte del ejército revolucionario, «constituida por jóvenes pertenecientes a la Agrupación Católica Universitaria y a la Juventud de Acción Católica, trabaja en la clandestinidad para organizar un movimiento militar, que tendría apoyos extranjeros y derrocar al régimen actual». Algunas de las principales figuras entre los jóvenes católicos, aseguraba también el consejero de información y prensa, «tratan de huir al extranjero y formar allí una fuerza de desembarco»<sup>58</sup>. Precisamente, el hallazgo de una carta que, según manifestó Fidel Castro en su comparecencia ante las cámaras de televisión en la noche del 20 de enero de 1960, implicaba supuestamente a la Embajada de España, a Díaz Lanz y al dirigente católico Manuel F. Artime dio lugar a la famosa interrupción de su discurso por parte de Lojendio y a su expulsión inmediata del país, en unos instantes en que un embajador especial del gobierno revolucionario, Ramón Barquín, trataba de adquirir en España y otros países europeos material bélico para Cuba y de averiguar nuevos datos sobre la recluta de mercenarios por el dictador dominicano<sup>59</sup>, mas ni siquiera entonces, pese a la crisis diplomática

<sup>57</sup> Informe nº 321 de Caldevilla del 24 de octubre de 1959, correspondiente a la semana del 17 al 24 (AGA. Exteriores, C-5360).

<sup>58</sup> Informe nº 323 de Caldevilla del 7 de noviembre de 1959, correspondiente a la semana del 31 de octubre al 7 de noviembre (AGA. Exteriores, C-5360).

<sup>59</sup> Manuel de PAZ SÁNCHEZ [3], pp. 301 y siguientes.

generada entre España y Cuba, que mantuvo las relaciones en el nivel de encargado de negocios durante varios años, los exiliados españoles vieron cumplidos sus anhelos de reconocimiento político en detrimento del régimen de Franco. Al fin y al cabo, los destinos de España y, desde luego, el control de sus recursos económicos y de sus intercambios comerciales, no estaban en manos de los nostálgicos exiliados republicanos, sino del régimen que aborrecían, sólo aparentemente, las naciones del denominado mundo libre, puesto que había garantizado la paz interior y el apoyo a la cruzada internacional contra el comunismo, pero que, por encima de cualquier consideración de carácter político, ansiaba mantener sus vínculos casi familiares con la América española, portadora, como ella misma en el ideario del régimen, de valores eternos, más allá, por lo tanto, de los avatares coyunturales de la vida internacional.

---

*Soon after the Cuban Revolution it was found out that its own survival depended mostly on the dissemination of its message in the Caribbean area, and specially on the need to export its revolutionary experience to those territories which, as it was the case with the Dominican Republic, wished to get free from the last dictators in America, the most famous among the latter being Rafael Leónidas Trujillo Molina.. Spain's external position was peculiar in this regard. Within the general framework of its Latin American policy, aiming at the maintenance of diplomatic links in the area, Madrid endeavoured to keep good relationships both with Trujillo's Dominican Republic and with revolutionary Cuba.*

---